

Eran las nueve y media de la mañana cuando el autobús se detuvo frente al museo. Un anciano, a quien debido a mi escaso conocimiento de la ciudad había importunado varias veces durante el trayecto con alguna inquisición respecto a la proximidad o lejanía de mi destino y a la duración del viaje, me sacudió el hombro hasta despertarme y exclamó señalándome la calle: “El museo”. En mi sopor, sus palabras parecían poseer el oscuro prestigio de un oráculo. Medio dormido, me apeé del vehículo y contemplé perplejo la multitud que, formando una interminable fila, descendía paseo abajo hasta perderse entre las brumas de la ciudad. Por algún designio divino o municipal, la cola se hallaba orientada en dirección ascendente, así que descendí la calle hacia la estación del Mediodía para dirigirme al inicio de aquella inabarcable hilera de almas que, como surgida de un sueño de Quevedo, aguardaba turno para penetrar en la pinacoteca. Me traía al museo el mismo motivo que había congregado a sus puertas a toda aquella multitud: la gran exposición de Velázquez que desde hacía ya casi un mes tenía lugar en él. Aunque lo ignoraba entonces, muchos de los individuos que aguardaban paciente para entrar habían permanecido haciendo cola toda la noche. Yo mismo habría de averiguar lo larga y fría que puede resultar una noche de invierno a la intemperie. Pero no adelantemos acontecimientos.

Era una mañana limpia y luminosa de febrero. Había llegado a Madrid de madrugada a lomos, si se me permite la expresión, de uno de esos expresos de media noche que no precisan más de ocho horas de trayecto para transformar todo aquello que no viaja en primera en una arrugada estampa de posguerra. Tras descender del tren, había desayunado un chocolate con porras gruesas como mazas de guardaaudiencias y tan correosas y duras que hubiesen podido romperle el pecho al mismísimo Garcilaso, y acaso lo hubieran hecho a juzgar por lo próximo que resultaba tan lejano suceso en aquel oscuro figón. Un lugar tan vetusto y rancio que no pudo menos que maravillarme el hecho de que de las fauces de los taciturnos parroquianos que lo frecuentaban no brotasen expresiones tales como “pesía” o “voto a tal”. Madrid es una de las pocas ciudades que conozco donde aún persisten extrañas bolsas de tiempo estancado, portones y zaguanes que se abren a dimensiones inéditas capaces de transportarnos de un soplo tanto a la corte de los Austrias como al Pleistoceno.

Me coloqué el último en la cola, como correspondía a mi condición de recién llegado, mucho más allá del inicio de la cuesta de Moyano, donde concluía, y me dispuse, habida cuenta del panorama que se me ofrecía, a encarar la

espera con toda la calma de que fuese capaz. Al fin y al cabo había venido a Madrid exclusivamente para ver los velázquez y disponía de todo un fin de semana para dedicarlo a tal empeño.

Con el objeto de distraer la espera comencé a observar al personal que aguardaba a mi lado. A decir verdad, el genio que abarrotaba la cola de la exposición resultaba de lo más variado y aun variopinto pero, sobre todo, nada sospechoso de contar el arte entre sus aficiones. Había madres con niños pegados a sus pechos como Madonas florentinas; colegios enteros en semana blanca pastoreados por profesores de arte que, tras aquella expedición y a juzgar por los rostros que mostraban, habrían de renegar del arte de por vida; peñas de jubilados con distintivos pomposos como los que exhiben los electores americanos en las convenciones y congresos; dueñas de corrala bulliciosas como gallinas de corral, y hasta cordadas de ciegos que, como en una pintura de Brueghel, parecían llegados desde sus propias tinieblas interiores con el propósito de atrapar al menos un breve olor de Corte. A la sombra del gran acontecimiento habían surgido las más variadas iniciativas empresariales: vendedores de pipas, patatas, bocadillos, refrescos o postales que reproducían las obras de Velázquez. No faltaban tampoco quienes traficaban con los catálogos de la exposición, ya agotados, revendiéndolos al cuádruple de su precio. Asimismo se habían apostado a lo largo de la cola toda suerte de ministriles, cómicos de la legua, goliardos, mimos, actores, moharraches y demás gentes de divertimento que amenizaban con sus músicas, cabriolas e imperterritos visajes la larga marcha hacia el museo.

La primera impresión que me produjo aquel despliegue de amantes del arte fue de extrañeza. Sin duda había algo que no encajaba en absoluto ni con el momento ni con la circunstancia. O acaso no era cosa de admirarse que un evento semejante pudiera concitar tamaño expectación en un país donde el arte era considerado habitualmente achaque de delicados, maricones o marchantes. Sin duda el gran despliegue informativo y publicitario que habían

¹ Cuento ganador, en la modalidad de castellano, del XVIII Concurso de Cuentos “Villa de Erreterría”, organizado por “Ereintza Elkarte”, con el patrocinio del Ayuntamiento de Erreterría, cuyo jurado estuvo compuesto por Raúl Guerra Garrido, Félix Maraña, Ezequiel Seminario y Antton Obeso.

dedicado al acontecimiento tanto la prensa como las instituciones que lo patrocinaban, había convertido la cita con los velázquez en una especie de movilización patriótica similar a aquellas que tuvieron lugar en la plaza de Oriente durante el antiguo Régimen. Hasta tal extremo esto era así que algunos críticos de arte llegaron a extremar su patriotismo al punto de afirmar que los velázquez de casa se comían a los de fuera, como si éstos fueran menos velázquez que los del Prado o la exposición no fuera otra cosa que una disputa entre gañanes de pueblos aledaños. Esta aseveración se debía al hecho de que a los habituales velázquez del Prado y para completar la exposición, se habían añadido hasta un total de treinta de los que se hallaban dispersos en museos y colecciones de medio mundo. Así, un buen número de velázquez exiliados, expoliados o emigrados, velázquez de Albión, tudescos, austrohúngaros, indianos e incluso catalanes y murcianos, como una promoción de hijos pródigos, antiguos alumnos o brigadistas, habían regresado a casa para permanecer expuestos al público durante un par de meses.

Como quiera que en toda larga espera (siempre que no se trate de la de una jauría aguardando un hueso) suele crearse entre quienes la padecen algo similar a aquello que Mungo W. Macallum dio en llamar simpatía dramática, circunstancia que cuando menos facilita la comunicación entre las víctimas, decidí salir de dudas respecto a aquella supuesta epidemia de devoción plástica, interrogando a un paisano que se hallaba justo delante de mí en la cola ataviado con un traje de pana, una camisa rígida y una boina que congregaba tal cantidad de sebo que de haberle sido prendido el rabillo a modo de cirio hubiera servido de perpetua lámpara votiva en el templo de alguna deidad agraria. El aludido me confesó que habiendo acudido a Madrid con la intención de manifestar ante el Ministerio de Agricultura su más enérgica protesta por no sé qué cuestiones agropecuarias, alguien en dicha institución lo había encaminado hacia el museo del Prado donde al parecer se registraba durante esos días toda la actividad ministerial. Tras preguntarle si no encontraba extraño que los asuntos de estado se despachasen en un lugar aparentemente tan poco propicio, replicó que no le parecía disparatado que en un museo del Prado se ventilasen cuestiones relativas al vacuno. Cuando le pregunté si sabía quién era Velázquez, respondióme que hasta la fecha tan sólo conocía en Madrid a la patrona de la pensión Perales y al conserje del ministerio, un tal Solorzano, quien precisamente le había reexpedido hacia el museo, e inquirió si el tal Velázquez era algún subsecretario o el mismísimo ministro, pues de ser así tendría mucho gusto en conocerle y manifestarle lo que opinaba respecto a su gestión. Añadió que en cualquier caso se congratulaba de que fuéramos tantos los allí congregados en demanda de atención, pues el campo sin duda era la cenicienta de la economía española y precisaba de todo el apoyo que pudiera prestársele. Luego siguió una larga enumeración de los agravios que le traían a la Corte para concluir haciendo un panegírico del país vecino y de la gran concienciación y sensibilidad que existía en él respecto a los temas agrarios. "Pero estas cosas no ocurren en Francia, no señor", concluyó el indignado gañán tras exponer sus quejas, "allí es otra cosa. Nunca hubiera imaginado que la grandeza de Francia pudiera ser tanta hasta que leí en la obra de Proust la disertación del barón de Charlus sobre las múltiples variedades de peras que se dan en aquel país o la deliciosa página que la

duquesa Emilie de Clermont-Tonnerre dedica a la pera Doyenné des Comices. Un país con tal variedad de peras es sin la menor duda un gran país".

Preferí no seguir con mis indagaciones y, decidido a armarme de paciencia, comencé a mentalizarme y a tratar de aguantar lo mejor posible las muchas horas de espera que, a buen seguro y a juzgar por el ritmo lento con que avanzaba la cola, me aguardaban. Pronto había de averiguar que la circunstancia de ser un solo individuo iba a dificultar mi empresa por más de una razón. Fundamentalmente porque me veía privado de la posibilidad de abandonar la fila para comer y satisfacer mis necesidades sin perder mi puesto. Y aunque el primero de tales menesteres podía solventarse mal que bien echando mano de los servicios ambulantes de restauración rápida apostados a lo largo de la cola, el segundo resultaba mucho más dificultoso para quien no fuera un avezado discípulo de Diógenes. Decidí por tanto, poniendo a prueba mi escasa capacidad para las relaciones humanas, cultivar ciertas amistades de campaña del lado en el que me hallaba a fin de turnarme con ellas en tales menesteres, lo cual no fue difícil dada la sociabilidad que, como ya he señalado, propiciaba la larga espera, así como el carácter campechano y jovial de los improvisados amantes del arte que la padecían.

Además del paisano afrancesado, trabé relación con un señor de afilado bigote, antiguo funcionario del desaparecido Ministerio de Abastos, y un joven poeta de provincias, infatigable recolector de flores naturales. Pronto se inició una animada conversación que debidamente conducida por la indignación de Crescencio, el rústico lector de Proust, derivó en una tertulia sobre la lasitud, dilación y morosidad de las instituciones públicas y la consecuente lenidad de quienes en ellas servían. Riquelme, que así se llamaba el funcionario emérito, haciendo alarde de una falta de corporativismo que le honraba, nos refirió una anécdota que mostraba a las claras cómo el poder conducía invariablemente a la esquizofrenia, si no a quienes lo detentaban sí al menos a quienes lo padecían:



“Hace unos días” Comenzó a relatar mientras se atusaba la daliniana hileras de hormigas que le servía de bigote “un amigo que ostenta un cargo público en Prado del Rey me contaba que con motivo del acto de cese y toma de posesión del director de TVE, acto en el que él, como maestra-sala y jefe de maceros del ente, tenía cierta responsabilidad protocolaria, se acercó al salón de actos media hora antes de que comenzara la ceremonia de investidura y preguntando al chambelán si había llegado ya su ilustrísima, éste le respondió que había llamado por teléfono a casa del director saliente y su edecán le había manifestado que se encontraba todavía en la cama. Sin embargo, el director entrante —añadió— hace más de una hora que aguardaba.

“-Pero ¿qué me dice usted, Contreras?- replicó sorprendido mi amigo- ¡si el director entrante y el cesante son la misma persona, si el acto es un mero trámite de renovación de mandato!

“-Ciertamente -respondió el camarlengo- pero convendrá conmigo en que los señores directores suelen tener siempre una enorme prisa por entrar y ninguna por salir.”

Hacia las dos de la tarde comenzó a observarse cierta agitación en algunos sectores de la fila. Todo el mundo miraba a un lado y a otro preguntándose qué podía ocurrir. Advertimos que al inicio de la valla del Jardín Botánico, a unos doscientos metros del lugar donde nos hallábamos, se había formado una especie de corro gesticulante a semejanza de un trombo en la, hasta ahora, aunque lenta, aparentemente fluida arteria humana. Peláez, el poeta floral, comisionado por el resto del grupo, se acercó a indagar lo que ocurría. Al cabo de algunos minutos regresó y nos puso al corriente del asunto. Al parecer alguien había hecho

correr la voz de que en el museo se había recibido un aviso de bomba y que en consecuencia se iba a proceder de inmediato al desalojo y cierre de todas las dependencias y al acordonamiento de las zonas cercanas al museo, para lo cual se hallaba ya en camino una dotación de artificieros de la policía y una brigada del servicio municipal de limpieza. No había pasado mucho tiempo desde que comenzara a circular dicho rumor, cuando observamos como algunos grupos abandonaban de mala gana la fila y se alejaban por el paseo murmurando entre dientes, gesticulando amenazadoramente y soltando improperios. Quienes formábamos tertulia, tras someter el asunto a un largo debate, llegamos a la conclusión de que todo aquello no era más que un bulo lanzado con el objeto de despejar un poco la inmensa cola y decidimos continuar en nuestro puesto, en la confianza de que la distancia que aún nos separaba del museo nos preservaba de cualquier posible riesgo así tuviera la mencionada bomba varios megatones de potencia. Esta última observación la hizo Peláez quien, en su condición de poeta, había participado recientemente en un debate televisivo en torno a la fusión fría. El bulo cumplió pues su propósito y nos permitió avanzar algunos metros.

Como era ya tarde, la comezón del hambre nos obligó a poner en práctica (¡Dios nos perdone!) una suerte de comunismo de asedio. Así que haciendo manteles de la capota de un auto que se hallaba estacionado junto a la acera y poniendo sobre ellos los relieves que cada cual había echado a sus bolsillos con la intención de entretener la espera, hicimos triste bodegón warholiano de esas viandas que la moderna elocuencia llama *snacks*, *crackers* o *chips*, así como otros deslucidos tentempiés de los que suelen gustar las gentes de ciudad. A la vista de nuestra magra aportación, mucho se resistió Crescencio a hacer comunidad de lo que traía en las alforjas pero al final no le cupo sino claudicar. De este modo, tras la capitulación del rústico, nuestro paupérrimo bodegón vino a tomar un cariz más barroco, incrementándose con la flor y sangre del mondongo: acopio de embutidos, tocino de veta, fardales, morcillas, queso cabrío, pan de hogaza y algunas otras cosas de mucha más enjundia y entretenimiento que aquellas otras que las habían precedido. Pero sin duda lo que campeó con más fueros en el Prado fue una bota de vino denso y áspero como arrope que nos alegró el espíritu y nos hizo olvidar por un momento los rigores de la espera.

Nos hallábamos en medio de una pesada y flatulenta digestión cuando alrededor de las cuatro de la tarde circuló la noticia de que los trabajadores del museo habían iniciado un encierro en las mismas dependencias de la pinacoteca en protesta por la marcha de las negociaciones de su convenio laboral y que a raíz de este incidente el cierre del museo era inminente. Vimos cómo algunos de los que hacían cola comenzaban a abandonar sus posiciones. Tras estas deserciones los que nos mantuvimos firmes en nuestro puesto pudimos avanzar al menos unos cincuenta metros a paso ligero.

Viendo que tales artimañas daban cierto resultado, decidió Crescencio poner por obra una que, a buen seguro, dijo, resultaría de lo más expeditiva. Así que dando la espalda al museo, y por tanto a la parte de la cola que le precedía, y adoptando una actitud reconcentrada a guisa de hombre que reflexiona sobre materia grave, alzó un índice imperativo hacia la inmensidad azul y, sin el menor arrobo, soltó tres ventosidades tan estridentes y fétidas que no parecía



sino que con ellas hubiera echado de su cuerpo a los mismísimos Pero Gotero, Beliar y Astartot con el auxilio de todo un colegio de exorcistas. Tan contundente lanzamiento de espíritus tuvo por efecto que al menos una veintena de individuos cercanos abandonara de estampida la cola de los Velázquez, siendo uno de ellos el poeta floral, y no porque la intención del rústico fuera echarlo a él o a cualquiera de los que formábamos tertulia sino por obra de un venticillo avieso que, a mala índole, dio en soplar a contrapelo. De los más cercanos, a parte de mí, el único en la cola que resistió la prueba fue Riquelme, el funcionario arrepentido, y esto porque, según explicó luego, los muchos y variados hedores a los que su trabajo en el ministerio le había expuesto, llegaron a saturar de tal modo su olfato que con el tiempo le habían provocado una anosmia total e irreversible.

En similares tretas, artimañas y estrategias de dispersión andábamos cuando se nos vino la noche encima sin que casi nadie de cuantos aguardábamos en la cola se resignara a abandonarla. Decididos pues una gran mayoría a permanecer al raso en nuestro puesto como caballeros andantes velando armas y bagajes, se improvisó una especie de intendencia de asedio. Alguien repartió mantas y se hicieron circular algunos víveres provenientes de las clausuras y cenobios cercanos. Se estableció un fondo para comprar leche a los niños y medicinas a los ancianos y, asimismo, se habilitaron algunos espacios abrigados, cajas de electrodomésticos, lechos, tálamos e incluso túmulos de cartón, broza y corcho, periódicos monárquicos, que suelen ser siempre los de mayor absorción y abrigo, y otros enseres de mendicante.

Agotadas todas las provisiones, hacia las dos de la madrugada, algunos exaltados decidieron tomar por asalto el Museo del Jamón y sin la menor zozobra o vacilación partieron en número de cien con tal propósito hacia el mesón que se hallaba al otro lado del paseo. Al cabo de una hora los vimos regresar con su preciosa carga. Algunos, la mayoría ebrios, arrastraban fatigosamente pellejos de vino o sacos de patatas que les daban el aspecto de esforzados silenos; otros esgrimían perniles cual cachiporras de títeres; los más portaban cecinas frisonas, carneros, capones y otros muchos víveres de librea. Tras el éxito de la expedición se planearon otras incursiones y hasta se habrían tomado por asalto y saqueado las bodegas del Real Alcázar, como solía acontecer siempre en la Villa a lo largo de su historia en los grandes momentos de exaltación patriótica, de no intervenir oportunamente una dotación de corchetes.

Despuntaba el alba del tercer día de espera, y la cola se extendía ya más allá de Santa María de la cabeza, cuando tuvimos la segunda baja. Riquelme hubo de ser evacuado tras sufrir un cólico nefrítico. El exfuncionario había pasado toda la noche dando alaridos de dolor bajo el clorótico resplandor de la luna y se había negado rotundamente a que llamásemos a una ambulancia, aduciendo que conocía bien sus entresijos y que aquello era tan solo una opilación o alférecía pasajera. Hacia el amanecer no le quedó más remedio que resignarse. Desde la camilla, con los ojos arrasados en lágrimas, se despidió de nosotros

cogiéndonos las manos con fuerza. Crescencio y yo quedamos apesadumbrados y mohínos, pero firmes en nuestra propósitos. Le habíamos hecho promesa a Riquelme de que, en tanto nos quedase un barrunto de aliento, permaneceríamos en nuestro puesto.

Hacia el amanecer del quinto día nos llegó la noticia de que al comienzo de la cola, que ahora al parecer se iniciaba más allá de Carabanchel, había irrumpido un grupo de jóvenes que hablaban de revolución y pretendían que el museo no era más que un cementerio de obras muertas que era preciso dar al fuego para que de sus cenizas, como de las del ave fénix, naciera un arte nuevo. Tan incendiarías proclamas habían desatado un aparatoso tumulto, cuyo saldo, afortunadamente, no había ido más allá, entre muertos y heridos, de una petaca llena.

Durante la larga Espera, con creciente inquietud, yo había ido observando cierto fenómeno de emergencia que se había producido de forma progresiva en las inmediaciones de la Cola. Se trataba del encumbramiento de una casta que comenzaba a imponer su dominio ante los otros. Poco a poco, aquellos vendedores de refrescos o de estampas de Velázquez, que en un principio se habían apostado ante la Gran Cola para ofrecer sus inicuas mercancías, habían ido fortaleciéndose, con la debilidad y la desesperación de quienes aguardaban, hasta llegar a cobrar un enorme poder dentro de Ella. Su actitud, si bien soterradamente despectiva, hasta ahora siempre servil hacia los que aguardaban para entrar al Museo, día a día había ido mudándose en un gesto de asqueada condescendencia. Lentamente, aquellos mercaderes, cómicos y moharraches se habían transformado en una suerte de casta sacerdotal cuya misión consistía fundamentalmente en la custodia y distribución de las Estampas e Imágenes que representaban los Originales que se hallaban, tal como afirmaba el Dogma, en el interior del Museo. De entre estos sacerdotes, los de mayor predicamento eran sin duda quienes se hallaban en posesión del Catálogo. Pues eran éstos los únicos que tenían la potestad de interpretarlo so pena de incurrir en herejía todo aquel que usurpara dicha función.

Llevábamos ya varias semanas de espera cuando, hacia las doce del medio día, corrió de boca en boca la noticia de que se había incorporado a la Cola de los Velázquez (que, según indicaban algunos viajeros, se iniciaba ya en algún lugar impreciso situado en la confluencia entre los términos de Pinto y Valdemoro) una secta herética que afirmaba que el Museo no existía, que tan solo existía la Espera.

Años más tarde, otra secta llegaría a postular que toda Espera sin razón se convierte invariablemente en una espera mesiánica o, lo que viene a ser lo mismo, que cuando desaparece o se pierde el sentido real y el por qué de la Espera, se acaba siempre esperando a Dios.

Nada sé de todas esas monsergas de teólogos. Tan solo soy un pobre viejo que se ha apartado de la Cola y que espera la muerte sentado en el pretil de la valla del Jardín Botánico. Dicen que al final de esta Cola y de la Espera se encuentra el Museo al que tan sólo acceden aquellos que tienen el espíritu limpio y el corazón puro. Sé también que el acceso a su recinto sagrado me ha sido negado en esta vida.